

esta puerilidad de acordarse de las brujas y de los duendes así que se nombra el PADRE FEIJOO, como si de esto hubiera escrito principalmente? Aun así, preciso es reimprimir algunas de las disertaciones de FEIJOO. No todos los errores han desaparecido; existen aún en pie muchos de los desatinos que impugnó aquel célebre polígrafo. Los almanaques salen aún con todas las sandeces del tiempo de los *Juniperos* y de los almanaques de Torres, dando calor en verano y hielos por el mes de Diciembre. En Castilla la Vieja tienen gran fe en el calendario portugués del astrólogo Borda d'Agua, que honraria á la literatura de Angola y Mozambique. Sin salir de nuestra casa, tenemos algun otro análogo. Nada digo acerca de *las industriales* dedicadas á *echar las cartas*, decir la buenaventura, acertar el premio *gordo*, y hacer otras habilidades de este jaez. En Madrid se publica, ó por lo ménos se publicaba no há mucho tiempo, *La Cábala*, periódico de lotería y toros, y los aficionados leían sus sibílicos versos con tanto afán como escuchaban los paganos el oráculo de Delfos. Mientras en España haya toros y lotería, no tenemos derecho para recriminar á ningun país, ni á los siglos pasados, por atrasos en materia de civilizacion. No faltan gentes que creen en los *males de ojo* y en otras ridiculeces y supersticiones. De cuando en cuando se presentan otras nuevas, revestidas con el oropel de la ciencia. Así hemos tenido en nuestros dias las maravillas del magnetismo, del somnambulismo y la doble vista, las mesas giratorias y los caracoles simpáticos. Ninguno de estos portentosos descubrimientos ha salido de España; todos ellos nos los han adelantado los extranjeros, como igualmente los grandes progresos de la frenología y craneoscopia, con arreglo á la cual, luégo que le cortan la cabeza á un asesino, se descubre que tenía desarrollado el órgano de la *asesinatividad*. Y verdaderamente que no se concibe por qué se haya de agarrotar ó cortar la cabeza á un pobre hombre, porque tenga en ella un chichón más ó ménos abultado. El PADRE FEIJOO nos dejó ya algunas noticias acerca de esto, que se podrán ver más adelante, y por cierto que en las *Causas y remedios del amor*, y algunos otros puntos, se muestra algo partidario de la medicina materialista, pero sin rayar en error teológico.

En conclusion, queda probado el mérito de FEIJOO como polígrafo en crítica, historia, filosofía, literatura y moral filosófica y cristiana, aún omitiendo sus vastos conocimientos en ciencias físico-matemáticas, historia natural y medicina, y los grandes servicios que hizo al país combatiendo preocupaciones, que quizá sus mismos detractores hubieran profesado y sostenido si vivieran en aquella época.

He defendido y defenderé á FEIJOO en todos esos conceptos. Si en filología, economía política y algun otro punto no rayó á tanta altura, no por eso merece desprecio. Los hombres no pueden ser universales: la extension se gana generalmente á costa de la profundidad. Aun en los discursos en que no se puede convenir con él, hay cosas muy notables, y no pocas ideas útiles, y más para la época en que se escribían. ¿Quién quemará hoy las obras de Euclides é Hipócrates porque las de matemáticas y medicina hayan progresado?

Concluyo con la idea misma con que principié. Al defender á FEIJOO de la censura desfavorable de sus libros, relegados al *brasero*, no me dirijo al respetable crítico, autor de aquellas palabras, sino á los que, sin conocer los escritos de aquel, sólo por su fallo han llevado el desprecio de FEIJOO á un punto á que no pudo querer llevarle quien para él pedia una estatua.

Quejábase un romano al poeta Marcial de que sus epigramas eran breves. Con su habitual desenfado y gracejo le respondió el vate celtibero:

Cum tu nihil facias, ipse breviora facis.

Parodiando estas palabras, diré á los que poco ó nada de valor han publicado, y con todo, censuran como malos y atrasados los escritos de FEIJOO:

Cum tu nihil facias, ipse PEYORA facis.

VICENTE DE LA FUENTE.

OBRAS ESCOGIDAS DEL PADRE FEIJOO.

PRÓLOGO AL LECTOR.

Lector mio, seas quien fueres, no te espero muy propicio, porque siendo verisímil que estés preocupado de muchas de las opiniones comunes, que impugno, y no debiendo yo confiar tanto, ni en mi persuasiva, ni en tu docilidad, que pueda prometerme conquistar luego tu asenso, ¿qué sucederá, sino que, firme en tus antiguos dictámenes, condenes como inicuas mis decisiones? Dijo bien el padre Malebranche, que aquellos autores que escriben para desterrar preocupaciones comunes, no deben poner duda en que recibirá el público con desagrado sus libros. En caso que llegue á triunfar la verdad, camina con tan perezosos pasos la victoria, que el autor mientras vive sólo goza el vano consuelo de que le pondrán la corona de laurel en el túmulo. Buen ejemplo es el del famoso Guillelmo Harveo, contra quien, por el noble descubrimiento de la circulacion de la sangre, declamaron furiosamente los médicos de su tiempo, y hoy le veneran todos los profesores de la medicina como oráculo. Mientras vivió le llenaron de injurias; ya muerto, no les falta sino colocar su imágen en las aras.

Aquí era la ocasion de disponer tu espíritu á admitir mis máximas, representándote, con varios ejemplos, cuán expuestas viven al error las opiniones más establecidas. Pero, porque ese es todo el blanco del primer discurso de este tomo, que á ese fin, como preliminar necesario, puse al principio, allí puedes leerlo. Si nada te hiciere fuerza, y te obstináres á ser constante sectario de la voz del pueblo, sigue norabuena su rumbo. Si eres discreto, no tendré contigo querrela alguna, porque serás benigno, y reprobarás el dictámen, sin maltratar al autor. Pero si fueres necio, no puede faltarte la calidad de inexorable. Bien sé que no hay más rígido censor de un libro, que aquel que no tiene habilidad para dictar una carta. En ese caso di de mí lo que quisieres. Trata mis opiniones de descaminadas, por peregrinas; y convengamos los dos en que tú me tengas á mí por extravagante, y yo á ti por rudo.

Debo, no obstante, satisfacer algunos reparos que naturalmente harás leyendo este tomo. El primero es, que no van los discursos distribuidos por determinadas clases, siguiendo la série de las facultades ó materias á que pertenecen. A que respondo que, aunque al principio tuve ese intento, luego descubri imposible la ejecucion; porque, habiéndome propuesto tan vasto campo al Teatro Crítico, vi que muchos de los asuntos que se han de tocar en él, son incomprendibles debajo de facultad determinada, ó porque no pertenecen á alguna, ó porque participan igualmente de muchas. Fuera de esto, hay muchos, de los cuales cada uno trata solitariamente de alguna facultad, sin que otro le haga consorcio en el asunto. Sólo en materias físicas (dentro de cuyo ámbito son infinitos los errores del vulgo) habrá tantos discursos, que sean capaces de hacer tomo aparte; sin embargo de que estoy más inclinado á dividirlos en varios tomos, porque con eso tenga cada uno más apacible variedad.

De suerte que cada tomo, bien que el designio de impugnar errores comunes uniforme, en cuanto á las materias parecerá un riguroso misceláneo. El objeto formal será siempre uno. Los materiales precisamente han de ser muy diversos.

Culparásme acaso porque doy el nombre de *errores* á todas las opiniones que contradigo. Sería justa la queja, si yo no previniese quitar desde ahora á la voz el odio con la explicacion. Digo, pues, que *error*, como aquí le tomo, no significa otra cosa que una opinion que tengo por falsa, prescindiendo de si la juzgo ó no probable.

Ni debajo del nombre de *errores comunes* quiero significar que los que impugno sean trascen-

dentes á todos los hombres. Bástame, para darles ese nombre, que estén admitidos en el comun del vulgo, ó tengan entre los literatos más que ordinario séquito. Esto se debe entender con la reserva de no introducirme jamas á juez en aquellas cuestiones que se ventilan entre varias escuelas, especialmente en materias teológicas; porque, ¿qué puedo yo adelantar en asuntos que con tanta reflexion meditaron tantos hombres insignes? O ¿quién soy yo para presumir capaces mis fuerzas de aquellas lides donde batallan tantos gigantes? En las materias de rigurosa fisica no debe detenerme este reparo, porque son muy pocas las que se fratan (y esas con poca ó ninguna reflexion) en otras escuelas.

Harásme tambien cargo porque, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma castellano. Bastariame por respuesta el que para escribir en el idioma nativo no se ha menester más razon que no tener alguna para hacer lo contrario. No niego que hay verdades que deben ocultarse al vulgo, cuya flaqueza más pelagra tal vez en la noticia que en la ignorancia; pero esas, ni en latin deben salir al público, pues harto vulgo hay entre los que entienden este idioma: fácilmente pasan de estos á los que no saben más que el castellano.

Tan léjos voy de comunicar especies perniciosas al público, que mi designio en esta obra es desengañarle de muchas que, por estar admitidas como verdaderas, le son perjudiciales; y no sería razon, cuando puede ser universal el provecho, que no alcanzase á todos el desengaño.

No por eso pienses que estoy muy asegurado de la utilidad de la obra. Aunque mi intento sólo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetracion para conocerla, y en los más fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es, que nada escribo que no sea conforme á lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares, sólo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril, y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversacion se puede tolerar por pasatiempo; en un escrito es engañar al público. La grandeza del discurso está en penetrar y persuadir las verdades; la habilidad más baja del ingenio es enredar á otros con sofisterias. Las arañas, que áun entre los brutos son viles, fabrican telas delicadas, pero sutiles; sutiles y firmes, áun entre los hombres, no las hacen sino los artifices excelentes. En aquellas se figuran los discursos agudos, pero sofisticos; en estas los ingeniosos y sólidos.

No siempre los errores comunes, que impugno, ocupan todo el discurso donde se tratan. A veces son comprendidos muchos en un mismo discurso, ó porque pertenecen derechamente á la materia de él, ó porque se hallaron al paso, y como por incidencia, siguiendo el asunto principal. Este método me pareció más oportuno; porque, de hacer discurso aparte para cada opinion que impugno, habiendo en unas mucho que decir, y en otras poco, resultaria un todo compuesto de partes extremadamente desiguales.

Estoy esperando muchas impugnaciones, especialmente sobre dos ó tres discursos de este libro; y áun algunos me previenen que cargarán sobre mí injurias y dicterios. En ese caso me aseguraré más de la verdad de lo que escribo; pues es cierto que desconfia de sus fuerzas quien contra mí se aprovecha de armas vedadas. Si me opusieren razones, responderé á ellas; si chocarrieras y dicterios, desde luego me doy por concluido, porque en ese género de disputa jamas me he ejercitado. *Vale.*

DISCURSOS.

VOZ DEL PUEBLO.

Aquella mal entendida máxima, de que Dios se explica en la voz del pueblo, autorizó la plebe para tirar el buen juicio, y erigió en ella una potestad tribunicia, capaz de oprimir la nobleza literaria. Es este un error, de donde nacen infinitos; porque asentada la conclusion de que la multitud sea regla de la verdad, todos los desaciertos de el vulgo se veneran como inspiraciones de el cielo. Esta consideracion me mueve á combatir el primero este error, haciéndome la cuenta de que venzo muchos enemigos en uno solo, ó á lo ménos, de que será más fácil expugnar los demas errores, quitándoles primero el patrocinio que les da la voz comun en la estimacion de los hombres ménos cautos.

§ I.

Estimes judicium, non numeres, decia Séneca (1). El valor de las opiniones se ha de computar por el peso, no por el número de las almas. Los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes. ¿Qué acierto, pues, se puede esperar de sus resoluciones? Antes es de creer que la multitud añadirá estorbos á la verdad, creciendo los sufragios al error. Si fué supersticion extravagante de los Molosos, pueblos antiguos de Epiro, constituir el tronco de una encina por órgano de Apolo, no lo sería ménos conceder esta prerogativa á toda la selva Dodonea. Y si de una piedra, sin que el artífice la pule, no puede resultar la imagen de Minerva, la misma imposibilidad quedará en pié, aunque se junten todos los peñascos de la montaña. Siempre alcanzará más un discreto solo, que una gran turba de necios; como verá mejor al sol una águila sola, que un ejército de lechuzas.

Preguntado alguna vez el papa Juan XXIII qué cosa era la que distaba más de la verdad, respondió que el dictámen del vulgo. Tan persuadido estaba á lo mismo el severísimo Focion, que, orando una vez en Atenas, como viese que todo el pueblo, de comun consentimiento, levantaba la voz en su aplauso, preguntó á los amigos que tenia cerca de sí, que en qué habia errado; pareciéndole que en la ceguera de el pueblo no cabia aplaudir sino los desaciertos. No apruebo sentencias tan rigorosas, ni puedo considerar al pueblo como antípoda preciso de el hemisferio de la verdad. Algunas veces acierta; pero es por ajena luz, ó por casualidad.

(1) Epistola 50.

No me acuerdo qué sabio compara el vulgo á la luna, á razon de su inconstancia. Tambien tenia lugar la comparacion, porque jamas resplandee con luz propia: *Non consilium in vulgo, non ratio, non discrimen, non diligentia*, decia Tulio (2). No hay dentro de este vasto cuerpo luz nativa con que pueda discernir lo verdadero de lo falso. Toda ha de ser prestada, y áun esa se queda en la superficie; porque su opacidad hace impenetrable á los rayos el fondo.

Es el pueblo un instrumento de varias voces, que si no por un rarísimo acaso, jamas se pondrán por sí mismas en el debido tono, hasta que alguna mano sábia las temple. Fué sueño de Epicuro pensar que infinitos átomos, vagueando libremente por el aire al impetu del acaso, sin el gobierno de alguna mente, pudiesen formar este admirable sistema del orbe. Pedro Gasendo y los demas reformadores modernos de Epicuro añadieron á ese confuso vulgo el régimen de la suprema inteligencia. Y áun supuesto ese, no se puede entender cómo, sin formas que pulan la rudeza de la materia, produzca la tierra la más humilde planta. Poco se distingue el vulgo de los hombres de el vulgo de los átomos. De la concurrencia casual de sus dictámenes, apénas podrá resultar jamas una ordenada série de verdades fijas. Será menester que la suprema inteligencia sea intendente de la obra; pero ¿cómo lo hace? usando, como de subalternos suyos, de hombres sabios, que son las formas que disponen y organizan esos materiales entes.

Los que dan tanta autoridad á la voz comun, no prevenen una peligrosa consecuencia, que está muy vecina á su dictámen. Si á la pluralidad de voces se hubiese de fiar la decision de las verdades, la sana doctrina se habia de buscar en el alcoran de Mahoma, no en el evangelio de Cristo. No los decretos de el Papa, sino los de el mustí habrian de arreglar las costumbres; siendo cierto que más votos tiene á su favor en el mundo el alcoran que el evangelio. Yo estoy tan léjos de pensar que el mayor número deba captar el asenso, que ántes pienso se debe tomar el rumbo contrario; porque la naturaleza de las cosas lleva que en el mundo ocupe mucho mayor país el error que la verdad. El vulgo de los hombres, como la ínfima y más humilde porcion de el orbe racional, se parece al elemento de la tierra, en cuyos senos se produce poco oro, pero muchísimo hierro.

(2) Orat. pro Plano.